

Silvia Valero* (Pontificia Universidad Javeriana)

De la inmoralidad del silencio: Tuluá, microcosmos de Colombia en Cóndores no entierran todos los días

Resumen

El presente artículo aborda la lectura de *Cóndores no entierran todos los días*, de Gustavo Álvarez Gardeazábal, como textualizador de la responsabilidad que el autor adjudica a su pueblo en la continuidad de la violencia histórica colombiana. A través de un acercamiento al prólogo de 1984 y a determinadas prácticas sociales, se pretende explicar el carácter de inmoralidad que el escritor atribuye a la actitud anómica con la que caracteriza a Colombia.

Palabras clave: violencia, inacción, inmoralidad, simulación, cultura del silencio, continuismo político, olvido.

Abstracts

The Immorality of Silence: Tuluá, Microcosm of Colombian Society in Cóndores no entierran todos los días

This article approaches the reading of "*Cóndores no entierran todos los días*" of Gustavo Álvarez Gardeazábal, as example of the accountability the author give to the inhabitants of his town on the continuity of its history of violence. By means of a closer approach to the prologue of 1984 and to a number of certain social practices. This article seeks to explain the nature of immorality the writer give to the passive attitude of Colombian society.

Key Words: Violence, Inaction, Immorality, Simulation, Culture of Silence, Forgetfulness.

* Estudiante de Maestría en Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana

Los militares lo negaban a los propios parientes de víctimas, que desbordaban la oficina de los comandantes en busca de noticias. '¿Seguro que fue un sueño?', insistían los oficiales. 'En Macondo no ha pasado nada, ni está pasando ni pasará nunca. Este es un pueblo feliz'.

Gabriel García Márquez
Cien años de soledad

Si la conciencia colectiva no logra exorcizar a los demonios. El futuro será un tembladeral. No es posible ni decente que una sociedad tape la propia porquería como los gatos.

Miguel Bonasso
Recuerdos de la muerte

A mí se me ha ocurrido que era una de las mentiras que se vuelven verdades de tanto oírse repetir.

Gustavo Álvarez Gardeazábal
Comandante Paraíso

Con el género testimonial como soporte, –bajo cuyos parámetros abordamos la lectura de la obra y, consecuentemente, este trabajo– y aunque con líneas muy hábiles de separación entre realidad y ficción. Gustavo Álvarez Gardeazábal rescataba en 1971 el pasado en el que había transcurrido su infancia, en el Tuluá de la Violencia, para escribir *Cóndores no entierran todos los días*. Lo hacía condicionado por un presente todavía en convulsión, y sobre el cual intentaba actuar para advertir del peligro del silencio ante la Historia.

Entrar de lleno en la lectura de *Cóndores no entierran todos los días*, implica encontrarnos con una voz enunciativa, que a través de un discurso monológico, –categoría cuyo análisis no abordaremos en este escrito por no enmarcarse en los límites temáticos– y cercano al estilo propio de la oralidad, va deconstruyendo el discurso conservador, al descubrir que detrás de la proclamada lucha por la defensa del *orden establecido, la verdad impuesta y la tradición*, se esconde el verdadero objetivo que es la defensa de los intereses propios, que nuestras oligarquías, históricamente, han pretendido confundir con intereses nacionales. Pero, este discurso, simulador en tanto engañoso, del poder dominante, ve allanado su camino cuando la población se apropia de la misma actitud simulatoria. Y con estas “zonas silenciadas” trabajará Álvarez Gardeazábal, imponiendo una lectura de los hechos que recupere el pasado, que abra sus zonas oscuras y se deje atravesar por lo no dicho, que es desde donde surgirá la verdad de la Historia.

Como perteneciente al ciclo de la narrativa de la Violencia, si bien vio la luz tardíamente, *Cóndores no entierran todos los días*, es un muestrario de muertes crueles,

adjudicadas a ambos partidos dominantes. Sin embargo, Álvarez Gardeazábal dará una vuelta de tuerca con respecto a sus antecesores, al ubicar en el pueblo la mayor intensidad de su condena.

A partir de estas consideraciones, entonces, intentaremos acercarnos a algunos elementos que contribuyen en la conformación de una responsabilidad ética que el autor le atribuye a Tulúa en la continuidad de la violencia y cómo dicho cargo se proyecta a la sociedad colombiana en su conjunto.

A pesar de que recién en 1984 el autor anexará el Prólogo a su novela, es importante considerarlo ya que enmarca la obra en un contrato de lectura por el cual deberemos acercarnos a *Cóndores no entierran todos los días*, atendiendo a que su objetivo es descubrir la ideología de determinadas prácticas sociales, entendidas como formas de sometimiento que responden al orden establecido. No obstante manifestar, años más tarde, no haber logrado su objetivo,¹ el autor asume, con su novela, una postura contrahegemónica, en cuanto al momento de la escritura existe la intención de provocar un choque ideológico que produzca, finalmente, un cambio en la estructura mental de la sociedad colombiana.

El primer paso de este proceso, que el abordaje del Prólogo pone de manifiesto, es el de concientizar acerca de la necesidad de modificar la mirada sobre la Historia colombiana "...en un país poco habituado a revisar su pasado..." (8).

Sin embargo, con este discurso aparentemente inocente, el autor oculta una práctica ideológica que apunta a la reprobación acusatoria: los enunciados "(un pueblo) poco habituado a revisar" y "se le ha ido olvidando a la patria", tras una enmascaradora sencillez, transparentan una condena a la población: esa "historia que se le ha ido olvidando a la patria", es la signada por la mentira oficial por un lado, pero también por la negación, la desidia y la mentira social por otro, que actúan autocensurando la visión de lo real y silenciando los sucesos. Es posible, entonces, analizar estas conductas que se proyectan en la obra literaria, como puentes comunicadores, a través del tiempo, con la inacabable violencia socio-política colombiana.

Esta práctica ocultadora, al ir prolongándose temporalmente, va conformando una estructura del sentir que llevará a la simulación a formar parte de la vida cotidiana y, de esta manera, establecer una "cultura del silencio." Entre líneas, el escritor nos dice que la nación se ha ido construyendo en base al consenso hegemónico apoyado en el ocultamiento de algunos episodios de la Historia, lejana y no tanto, que sirvió como hilo conductor para la continuidad política,² ya no sólo en Tulúa, sino extendida a todo el país.

¹ "Yo escribí *Cóndores* para que este país no se olvidara de su estupidez... pero de nada sirvió, ¡sigue igual o peor!" Correo electrónico enviado a la autora el 19 de noviembre de 2001.

² A través del ensayo histórico "*Se llama el país vallecaucano*", escrito durante su presidio, es posible inferir en Álvarez Gardeazábal su convicción de que la "simulación" ha condicionado o casi determinado la historia, por lo menos, de su región.

Por esto, buscará lograr que aquella concientización provoque una transformación que actúe directamente sobre el futuro de Colombia, ya que su intención última es la de "...evitar repeticiones estúpidas", avaladas por el olvido.

De aquí se infiere que la intencionalidad no muere en la escritura del relato. La defensa que hace Álvarez Gardeazábal de su cosmovisión, se convierte en función política cuando intenta que su propio análisis de la realidad sea leído como "*la verdad*" por un receptor que debe asumir su culpa para salvarse —y con él, a la nación— por medio de un giro ideológico.

Ahora bien, ese ocultamiento de la verdad por parte del pueblo, se carga con una valoración ética en cuanto revela una subordinación al poder que permite el desarrollo de la hegemonía política. En otras palabras, condena a un pueblo que *resiste* pasivamente los embates feroces de los regímenes opresores, sin dejar surgir una *resistencia* que ponga fin a tal situación. De esta manera, *Cóndores no entierran todos los días*, se configura como una forma de lucha, cuyo marco es el de la represión institucionalizada y el de la inmoralidad del silencio contra los cuales el autor sí resiste, tras la figura de un narrador que se nos presenta como una construcción estratégica de su propia ideología, y se erige en su triple función de testigo, actor y juez de los acontecimientos.

El silencio, servidor de la hegemonía

Muchos años pasaron desde que León María Lozano trabajó como empleado en la librería de don Marcial hasta su asunción como jefe de los "pájaros" y posterior asesinato. Sin embargo, la retahíla de muertos no comenzó con El Cóndor. El mismo León María, siendo sólo un adolescente, vio llegar a Yolanda Arbeláez envuelta en llamaredas, víctima de la Violencia, aunque el rumor popular haya adjudicado el crimen a *los jinetes del Apocalipsis*.

Este episodio nos sirve de ejemplo para reconocer que cuando la muerte entre en Tulúa de mano de los "pájaros", ya era corriente en toda la región del Valle. Sin embargo, dará lugar a un tipo de pensamiento y de sentimiento social asentado en la inacción, que se perfilará, como ya adelantamos, en una estructura del sentir. Es decir, una cualidad particular de la experiencia social,³ una alternativa que determina el sentido de Tulúa durante la Violencia. De esta manera, para enfrentar y semantizar los hechos desatados por ella, los pobladores vivirán activamente la práctica de determinados significados y valores: tal es el caso de la contradictoria dinámica interna del pueblo, que se manifiesta en la esperanza del fin de la violencia a la vez que asume

³ Raymond Williams no propone el término experiencia en su sentido de tiempo pasado, sino como una "conciencia práctica de tipo presente, dentro de una continuidad viviente e interrelacionada" (1977:155)

una resistencia anómica.⁴ Dicho de otra manera, con el ocultamiento pasivo se espera el término milagroso del terror.

Con este carácter contradictorio se explican los hechos en los cuales predomina la irracionalidad, la negación de lo evidente, que describen el accionar del pueblo, por ejemplo, después de colgar a Manuel Mejía del campanario:

Pero si ese nueve de abril Tuluá sintió terror y vio arder las casas y esquinas que más le significaban en su historia de ciudad antigua, *no lo tomó en serio*, y una semana después construyó, por colecta, un mausoleo especial para Martín Mejía y contrató arquitectos para que la esquinas tradicionales volvieran a ser lo que habían sido por siglos. De ese viernes nueve de abril. *Tuluá no quiso grabarse ningún acto de depravación ni las caras de quienes encabezaban la turba*, pero sí elogió y convirtió en una leyenda la descabellada acción de León María Lozano cuando se opuso (...) a que la turba incendiara el colegio de los salesianos... (12-13).

De ese 9 de abril, hito en la historia colombiana, surgirá, también, el día de la inflexión para Tuluá: allí nace la leyenda de Lozano. Su puesto de héroe en la venta de quesos es un anuncio del Happy Bar: es el mismo pueblo el que alimentará la imagen de Lozano para que se vaya perfilando un hombre tan poderoso que finalizará convirtiéndose en un boomerang.

Una vez instituido jefe de los “pájaros”, paulatinamente, El Cóndor irá transformándose en un producto trágico de la fusión del fanatismo religioso y político con el abuso de poder. Pero, a pesar de los muertos cotidianos y los rumores incesantes, Tuluá se empeñará en seguir viendo a Lozano como el héroe católico cuya imagen es imposible de hacer coincidir con la de un asesino, sin provocar desestructuramientos de conciencia. Por eso, el narrador describe un claro proceso de degradación moral que comenzó el día en que desaparecieron los primeros muertos y nadie reclamó “...porque en Tuluá nadie había perdido nada” (62), hasta desembocar en la insolidaridad para intentar salvar la propia vida, porque a los pobladores ya no “...les importó que el muerto fuera su vecino o el marido de la popular doña Midita (...) a Tuluá escasamente le importaba sobrevivir” (98).

Es caló, entonces, que el efecto inmediato del olvido voluntario en Tuluá es la desaparición de la capacidad de reflexión comprometida con una coyuntura histórica que los tiene como sujetos. Las partes “inconvenientes del pasado” se olvidan en función de las exigencias del presente que, en este caso, es salvarse individualmente. Quizás podamos leer entre líneas que si la violencia obliga al hombre a definirse, cuando es colectiva,

⁴ Según la reflexiones de Emile Durkheim, en *La división del trabajo*, cuando en una sociedad no hay regulación, se genera el fenómeno de anomia, con efectos desintegradores sobre las relaciones sociales. A partir de la pérdida de la necesidad de cooperación, surgen la desorganización y los conflictos.

la responsabilidad frente a ella también lo es. Tuluá no participa de las matanzas, pero tampoco es ajena a lo que sucede bajo apariencia de normalidad.

Así, ante cualquier circunstancia, se desprende el peso del conocimiento que demandaría compromisos. Como un ejemplo, entre tantos, citamos el siguiente: a pesar de que el cadáver de Tarcisio Vidales fue reconocido por su esposa, "...Tuluá siguió creyendo sus versiones fantásticas de muertos sacados de las tumbas de los cementerios vecinos, de envenenados en una fiesta, de atropellados por un alud..." (74).

De esta manera, la inacción del pueblo adquiere un carácter ético: la culpabilidad no sólo radica en haber permitido, con el silencio, tantas muertes, sino que éste autoriza el continuismo, y, por ende, la violencia sin fin, al establecer límites efectivos sobre la acción. Así lo manifiesta el narrador, por contraste, al referirse a Gertrudis Potes y los nueve firmantes, en su intento, mediante una carta pública, de desenmascarar definitivamente a la banda de asesinos:

La carta en sí no tiene valor literario, pero ha ido logrando un valor moral con los años que hoy, cuando los que allí eran denunciados se reparten el poder con quienes eran conocidos en esa época como sus enemigos, en las casas de Tuluá debe estar leyendo párrafo por párrafo lo que en ella había escrito (13).

El narrador adjudica a la carta un valor ético en cuanto es la demostración desnuda de la voz contrahegemónica. Con la metonimia está enmarcando, en realidad, el alcance moral de los pocos que se animaron a intentar abortar una continuidad política que los llevaba inexorablemente a la destrucción.

Vemos así, que, frente al hecho real, objetivo, de las muertes, las diferentes subjetividades que lo procesan muestran lo que podríamos llamar la diversidad de lo real. La mayoría de los habitantes adoptan, ante los mismos sucesos que se señalan en la carta, un discurso radicalmente opuesto a la misma. Y será a través de éste que se hará posible el rastreo de lo desible y de lo escribible en la sociedad tuluëña durante la época de la Violencia.

Precisamente, la identificación por parte del pueblo, de lo no decible como lo no existente, es lo que va configurándose como el ideogema que atraviesa los discursos. Lo que no se dice no es, mientras que lo que es susceptible de ser dicho, se asume como real, cuya aceptación indiscutida implica sometimiento y va conformando, insistentemente, "la cultura del silencio": así, al ficcionalizar la realidad cotidiana, —muertes, amenazas, terror— ya sea por medio de la superstición o del chisme enmascarador, entre otros constructores del imaginario colectivo, se admite como conocimiento de la realidad lo que circula en rumores, lo que se dice, que, no casualmente, coincide con lo que se puede decir. De esta manera, si se ignoraron los primeros muertos porque no eran de Tuluá, luego el imaginario justificará plenamente los cadáveres baleados en la nuca con pretextos que irán desde borracheras, hasta el hacerlos brotar de las vere-

das o convocar a los míticos jinetes del Apocalipsis, como causantes de los asesinatos.⁵ Es claro, entonces, que el lenguaje establece sobre la realidad, como una rejilla, las distinciones y disposiciones que se imponen a la visión popular. Actúa como una especie de lente que establece las posibilidades y límites de las miradas.

Claro que esto también es un derivado del proceso de incorporación hegemónico, en cuanto el discurso que desciende desde el poder, “impone” un determinado tipo de socialización, basado en todas aquellas categorías ocultadoras que venimos analizando en este trabajo. Dice el narrador: “...los mágicos informes del comando departamental de policía que disculpaban de manera *fabulosa* los muertos que a diario entraban por la puerta del anfiteatro” (87), con lo cual pone en evidencia que las manifestaciones discursivas que bajan desde el régimen, cumplen la función de producir un goteo de información enmascarada, que penetra en la conciencia colectiva, para terminar siendo la explicación de los hechos asumida como verdadera. Tuluá, a través de diferentes estrategias de poder, es impulsado a no actuar, pero además, y esto es lo que provoca la condena del narrador, acepta dócilmente su papel pasivo. El pueblo inicia una postura ético-cognoscitiva, que se mantiene desde que comienza a sobrevolar la violencia entre ellos, hasta su aparente fin.

Existen algunos intentos de reacción que actúan como contradiscursos pero que no pasan de ser actos simbólicos de enfrentamiento al poder. Ante la muerte de Andrés Santacoloma, por ejemplo, hijo de uno de los nueve firmantes de la carta, se instala un río de velas que recorrerá parte del pueblo. Poco después, frente al asesinato de su padre, Alfredo Santacoloma, pasearán el cadáver frente a los domicilios de algunas autoridades de Tuluá. Pero si bien estos actos poseen visos de resistencia, no alcanzan a lograr una fuerza real de oposición. Son apenas, una manera de exteriorizar tanto duelo reprimido.

Las fuerzas policiales permitirán estas manifestaciones porque se da una vía de escape a tendencias violentas, se postergan las auténticas protestas. Pero luego, y con sólo cincuenta soldados, el gobernador afirma la vigencia de la violencia del sistema u el terror que desencadena:

Esta vez no vinieron sino cincuenta pero con ellos, Tuluá tuvo para sentirse, ahí sí, herido de muerte, y al otro día el que no cerró su almacén puso un aviso de venta o dejó todo a la buena de Dios y se fue en el primer tren que pasó o en el último Transcampo que pudo volver a arrimar a sus calles (132).

Es evidente, entonces, que aquella forma simbólica de protesta es improductiva a nivel de transformaciones estructurales.

⁵ En *Los años del tropel* (1991) de Alfredo Molano, se hace referencia a algunos acontecimientos tratados en *Cóndores no entierran todos los días*, y analizados aquí, como el discurso conservador y la explicación mítica de algunos acontecimientos por parte de los pobladores.

Ahora bien, podríamos convenir en que frente a los acontecimientos que la realidad impone, se establece una doble posibilidad: formar parte o quedar fuera de la Historia. En embargo, no aparecen en la novela como categorías excluyentes. El narrador nos dice que el conservador tulueño, Don Luis Carlos Delgado, previendo la masacre que se acerca con la confrontación de los “pájaros”, se retira de su cargo de dirigente en total silencio, sin alertar sobre los futuros acontecimientos y “esperó tranquilo el momento de evitar la historia” (62). Con esta frase cargada de una fuerte valoración disfórica, el narrador mismo rescata para el relato a quienes enmudecen y los coloca en un lugar central, al cargar sobre su silencio la culpa de la maldición de Tuluá.

De este modo, la manera de entender la historia del narrador-autor, implica asunción del compromiso y de la responsabilidad que el momento exige, en cuanto se va haciendo por la acción. Pero, en su aspecto negativo, también por omisión ya que, al ser ésta constante, se convierte en una de las fuerzas de soporte de la hegemonía.

El tiempo cíclico de la desmemoria

Cóndores no se entierran todos los días, se conforma como juego de anacronías, que nos obliga a volver constantemente la mirada para la ubicación temporal de personajes y acontecimientos. Sin embargo, esto no implica simplemente un conocimiento del arte de narrar, sino que se convierte en una construcción de la estructura novelesca, cuyo tratamiento del tiempo narrativo es la expresión estética de la evaluación axiológica del autor, que venimos desarrollando.

La novela se nos presenta como un sistema narrativo que cumple su función de apoyo al principio del tiempo cíclico: se inicia con el anuncio de una catástrofe, para proceder, luego, ala reconstrucción de un ciclo ya transcurrido que comienza con la rebelión liberal del 9 abril del 48, continúa con las masacres producidas por los “pájaros” ente el silencio de Tuluá, y concluye con el asesinato de El Cóndor. Este hecho, que debería señalar el final de una etapa, en realidad es un recomenzar: la muerte de El Cóndor determina la resurrección del terror por la próxima e inminente venganza de sus partidarios, en cuanto, a pesar de que ya no están en el gobierno quienes lo protegieron durante todo el “reinado” de los “pájaros”, el aparato represor está intacto.

La novela posee un final abierto, que paradójicamente, coincide con la nueva ce-rrazón del pueblo. Es el efecto paralizador de aquella simulación que, durante tanto tiempo, y por distintos motivos, dejó espacio para el accionar impune del poder dominante. El final es un recomenzar, profundizado, del terror. Las puertas y ventanas clausuradas con la metáfora gráfica de la negación espiritual para la lucha, de este pueblo que se asume anómico.

Hay un deterioro en el sentido de cohesión de la sociedad, que es uno de los principales resortes de la moral y que, por lo tanto, transforma a los pobladores en seres desamparados. Pero esa “cultura del silencio” en la que se han introducido, no

les garantiza la vida. Cualquiera de ellos puede ser la próxima víctima, porque la anomia es un factor seguro de enajenación y autodestrucción.

De este modo, la composición novelesca canaliza la estructura ideológica que se propone demostrar: la perduración de una actitud que tiene como motores al silencio y la simulación, será la verdadera responsable de la circularidad, donde la violencia se configure como un continuo reinicio frente a la inexistencia de fuentes emergentes, de una red social capaz de enfrentarsele.

El *derecho a la resistencia*, que, concebido como tal —es decir como *derecho*—, puede desencadenar en la sociedad la *fuerza de liberación*, única fuerza capaz de contrarrestar la violencia institucionalizada, no existe entre la mayoría de los pobladores tuluéños. Sin embargo, el narrador, en su función de testimoniante y víctima, apela al uso del *derecho a la resistencia*. Pero no como algo relativo, es decir el derecho erigido por intereses de grupos definidos por ellos mismos, sino de intereses demostrables como universales: derecho a la paz, a la abolición de la explotación y la opresión.⁶ De esta manera, el silencio se convierte en objeto de reflexión en tanto se instaura como paso previo a la desmemoria. Por eso, desde nuestra perspectiva, si bien el autor desmitifica el discurso ocultador del conservadurismo, sin olvidarse de los liberales a la hora de denunciar, carga las tintas de su condena sobre la simulación popular y no la institucional, en cuanto deberá ser el fin de la primera lo que provoque la caída de la segunda y evite el olvido. En otras palabras, no habrá renacimiento vital con el surgir de un nuevo orden político, mientras no se produzca un cambio cultural que implique la muerte de la simulación.

Concluyendo, vale decir que en algunos episodios de la novela, Gustavo Álvarez Gardeazábal escapa de los márgenes espaciales entre los cuales la ha situado y convierte a Tuluá en un microespacio, paradigma de la realidad nacional: "...ninguno de los muertos llevaba papeles de identificación (...) y apenas los sacaban los enteraban en la fila de los que como NN crecieron tantos cementerios en Colombia?" (58).

Se extiende la culpa tuluéña, en la puntualidad temporal en que está inserta la novela, a la desidia colombiana que va más allá de un determinado período histórico. Las coordenadas con las que se teje la obra son las circunstancias en que vive Tuluá, pero también Colombia entera. De esta manera, *Cóndores no se entierran todos los días*, textualiza un modo de pararse frente a la realidad de la sociedad colombiana, desde una perspectiva que va de lo particular a lo general.

La ficcionalización del pasado histórico que implica la Violencia, tiene como centro de gravedad el presente de enunciación del autor y se proyecta hacia el futuro de Colombia. Así, la perspectiva desde la cual se recupera el pasado en *Cóndores no se*

⁶ No será en el texto que veremos caer en saco roto su pensamiento. La simulación, con toda la carga ideológica que posee la novela, se proyecta al contexto extraliterario y logra traspasar el período de la Violencia. De aquí, también, la razón de ser del Prólogo de 1984.

entierran todos los días, con la consecuente concepción cíclica del tiempo, está condicionada por un presente que da cuenta de la violencia recurrente e interminable. Y deja constancia de cómo el silencio, a través del tiempo, se convierte en olvido inmoral en cuanto servido de los poderes de turno.⁷

Bibliografía

- Álvarez Gardeazábal, Gustavo (1999). *Cóndores no entierran todo los días*. Bogotá: El Áncora Editores.
- _____, (2001). *Se llamaba el país vallecaucano*. <http://www.teletuluá.com.co/gardeazabal/obras>.
- Bajtín, Mijail (1989). "El problema del contenido, del material y de la forma en la creación artística verbal". *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus.
- Berger y Luckmann (2001). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Jara, René y Vidal, Hernán (comps.) (1986). *Testimonio y Literatura*. Minneapolis: Institute for the Study of Ideologies and Literatures.
- Molano, Alfredo (1991). *Los años del tropel*. Bogotá: Cerec/El Áncora Editores.
- Ong, Walter (2000). *Oralidad y escritural. Tecnologías de la palabra*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Rama, Ángel (1986). "El dictador letrado de la Revolución Latinoamericana". *La novela en América Latina*. Uruguay: Fundación Ángel Rama.
- Williams, Raymond (1977). "Teoría cultural". *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península Editores.

⁷ Diecisiete años más tarde, Álvarez Gardeazábal comprueba que no se había equivocado en su anticipación histórica: "Mi patria ha podido sobrevivir y progresar en de una guerra que nunca declara y por ende nunca termina gracias a esa desmemoria que le permite construir una realidad absurda a la cual se adapta." Correo electrónico enviado a la autora el 26 de junio de 2001.